

persona. Se es fuerte para dar y por eso se da todo, por encima de toda ley y de todo orden. En ese instante sagrado y único se es ley y acto indiscerniblemente.

II

El universo entero es un esfuerzo para alcanzar la libertad, la paz, la «afirmación sin contradicción». Todos los seres, animados e inanimados tienden a ser libres, absolutamente libres. El mineral, dice Aristóteles, tiende a ser vegetal; el vegetal tiende a ser animal; el animal pugna por ser hombre... y todos son esclavos, todos obedecen a un mandamiento extrínseco a su propia naturaleza. No más Cristo pudo realizar por completo su individualidad en el sacrificio de la Cruz. Por esto es el modelo de los hombres. Por esto hace muchos siglos se va en su busca y no se le acaba de encontrar; porque para encontrarlo hay que ser como él. Sólo quien pueda obrar como él obró, será hijo suyo. En las laderas del Monte Calvario, cerca de la Cruz, están los justos del mundo. Francisco de Asís, Vicente de Paúl, San Luis Rey de Francia, Santa Teresa de Jesús, Agustín, Jerónimo, Basilio, el Crisóstomo, Pascal, Tolstoi... Todos renunciaron, pero no fueron la renuncia absoluta que implica la caridad divina. Ninguno es digno de prenderse de nuevo sobre el santo madero vacío. Ahí queda el leño, el lábaro, aislado en su gloria y luminoso a través de los siglos. ¡Quien pueda crucificarse de nuevo habrá igualado al Señor!

De aquí que toda la moral y toda la libertad humanas se compendien en la imitación de Jesucristo. Podría suprimirse la ética como teoría y como sanción; como metafísica y como derecho, y decir a los individuos y las naciones esta palabra única: «imitad a Jesús».

III

Nuestro siglo es codicioso, rencoroso, atrabiliario, sanguinario, perverso. Pero todos los siglos lo han sido también. El progreso moral no existe. Progresamos en otros órdenes de la actividad histórica, mas no como sujetos de moralidad. Hoy hay tan pocos santos como siempre. Hoy hay tantos malvados como siempre. El egoísmo no ha cedido un punto; la codicia no ha disminuido un ápice; la perversidad se mantiene inalterable. Porque el progreso moral está en la intención de la voluntad, y en nuestro tiempo la intención es tan pecaminosa, limitada y cobarde como cuando Claudio y Calígula regían, desde su solio imperial, los destinos humanos.

Nuestra ciencia y nuestra industria realizaron progresos estupendos. ¿Qué no puede el entendimiento guiado por la pasión? Ayer, nuestros abuelos cabalgaban sobre caballos y mulos; nuestros padres cabalgaron sobre el vapor aprisionado sabiamente en las calderas de las locomotoras; nosotros cabalgamos sobre la electricidad domesticada en los aeroplanos; nuestros hijos o nuestros nietos cabalgarán sobre un rayo de sol de estrella a estrella; y, a pesar de tantas conquistas industriales y científicas, Caín seguirá degollando a Abel y Jesucristo implorará desde su cruz vacía el ánimo de seguirlo heroicamente, desdeñando las vanidades de la codicia y la farsa para ocupar un sitio, siquiera fuera pequeño y apartado, en las laderas sacrosantas del Gólgota.

IV

Un nuevo año se inicia para la patria mexicana y nos encuentra con las armas en la mano y el odio en el corazón. ¿Seguiremos así siempre? ¿Todos los años, al volver enero, nos hallará el mundo realizando nuestra terrible e inveterada actividad? ¿No descansaremos de desbaratarnos? ¿Tan

fuertes somos que nos sobra la sangre de la Patria para derramarla nosotros mismos? ¿Nunca otorgará una tregua Caín?...

Acaso el bien esté próximo y no lo sepamos. Tal vez se anuncie la paz con la última guerra. Quizá el estampido del cañón suene por vez postrera. Habrá augurios de bienandanza en el humo de la pólvora fratricida. ¿Cómo podríamos vaticinar lo que vendrá si ni siquiera podemos saber por qué nos acaece lo que hoy nos martiriza? Tengamos fe en el bien que nunca llega. Creamos que México vencerá al fin las causas contrariantes de su bienestar; creamos, sí, esperemos en Cristo. En el Cristo de los socialistas y los católicos, de los luteranos y los bolsheviki; en la gran promesa humana de la victoria que es Jesús. Y sino sabemos sacrificarnos, pidámosle siquiera no desesperar en la angustia de estos instantes terribles. Quien no crea no espera y no ama. Que esta Natividad nos brinde a los mexicanos las pascua florida del amor.

ANTONIO CASO.

México, 24 de diciembre de 1923.

(*Revista de Revistas*, México, D. F.).

Orgullo de raza

DE linajuda blasonaba en Villapinar, mi sencillote y novel terruño, la familia de doña Luz Linort. Nadie, de la curia para abajo, osaba poner en tamiz de duda la autenticidad de sus pergaminos que no por apolillados dejaban de comprobar que el abuelo paterno de la respetada matrona había sido echado al mundo por María Cristina de los Santos Cuneros y Amadia, descendiente en línea recta de unos muy nobles señores cuyo castillo feudal diz que se miraba altanero allá en las ondas del Guadalquivir.

La casta materna, aunque de ello nada asomaba en cédulas bautismales ni en registros civiles, también tenía —asegurábalo doña Luz—, nexos bien definidos con un mariscal aragonés, figura de alta nombradía en la corte de no sé cual de los Alfonsos. De todos estos timbres, si existieron por acaso, perdidos en la lejanía de casi

un siglo, sólo quedaba en pie el fuego sagrado del recuerdo, lo que era suficiente para goce y báculo de orgullo en la familia Linort.

De haberes, para esta época no quedaban muchos a la preclara doña Luz. De los felices tiempos en que su esposo, banquero afortunado y generoso —, oriundo de una Antilla inglesa —, vivía, restaba una enorme casa de estructura casi conventual, situada en el barrio céntrico de la ciudad, y un exiguo capital cuyos rendimientos manejados con tino apenas permitíanle un mediocre vivir.

De la mayor de las hijas de doña Luz, doncella hermosa, en verdad, que ostentaba, como su madre, una cascada dorada sobre la cabeza a guisa de cabellera y dos enormes zafiros bajo las cejas, enamoróse efectivamente Paquillo Mendel, quien si no tenía, cierto era, abolengos de qué presumir como su amada, poseía una atrayente figura morena y el corazón más potente y generoso de Villapinar.

Los Linort gustaban de la amistad de Paquillo, gozaban con su ameno decir, con su cortesanía, pero el día —, malaventurado si los hay —, en que doña Luz comprendió que entre los dos jóvenes se iniciaban las primeras

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

TELÉFONO N° 899